

LA PEDANTOCRACIA: EL ROSTRO MODERNO DEL DESPOTISMO. LA MIRADA DE JOHN STUART MILL¹

THE PEDANTOCRACY: THE MODERN FACE OF DESPOTISM. JOHN STUART MILL'S VISION

MARÍA POLLITZER ·

María Pollitzer es Licenciada en Historia y Doctora en Ciencias Políticas por la Universidad Católica Argentina (UCA).

Alicia Moreau de Justo 1500, C1107AAZ, Ciudad de Buenos Aires.

E-mail: maria_pollitzer@hotmail.com

Resumen

El objetivo del artículo es identificar y precisar los argumentos con los cuales John Stuart Mill construye su crítica a la *pedantocracia*, entendida como uno de los rostros con los cuales se presenta el despotismo en las sociedades «modernas» y «civilizadas». El término *pedantocracia* fue acuñado por Mill a comienzos de la década de 1840 para referirse a un peligro que, en su opinión, pocos percibían. Como ocurre con otras ideas-eje de su pensamiento, su reflexión sobre esta problemática se articula en torno al diálogo mantenido con pensadores provenientes del liberalismo continental (Tocqueville), del socialismo saint simoniano (d'Eichthal y Duveyrier), del positivismo (Comte) y de las filas románticas inglesas (Coleridge). Asimismo, es reflejo de su recepción de las obras de Platón y del renovado interés que suscitó la democracia ateniense a mediados del siglo XIX gracias a las obras de G. Grote.

Abstract

The article's aim is to identify and clarify the arguments with which John Stuart Mill builds his critique of *pedantocracy*, understood as one of the faces with which despotism presents itself in «modern» and «civilized» societies. The term *pedantocracy* was coined by Mill in the early 1840s to refer to a danger that, in his opinion, only few people perceived. As it happens with other key ideas of his thought, his reflections on this issue revolve around the dialogue maintained with thinkers from continental liberalism (Tocqueville), Saint-Simonian socialism (d'Eichthal and Duveyrier), positivism (Comte) and the English romanticism (Coleridge). It also reflects his reception of the works of Plato and the renewed interest shown in Athenian democracy in the mid-nineteenth century, especially through the works of G. Grote.

¹ Una versión preliminar de este artículo fue presentado en el *XII Congreso Nacional de Ciencia Política*, Mendoza, 12-15 de agosto de 2015.

INTRODUCCIÓN

Los años que median entre 1826/8 y 1840 constituyen uno de los períodos más ricos y apasionantes de la vida intelectual de John Stuart Mill (1806-1873). En ellos, el joven utilitarista tomó contacto con el romanticismo, el socialismo saint-simoniano y el liberalismo continental (en especial, de la mano de Guizot y Tocqueville) en su intento por ampliar los estrechos horizontes en los que había sido formado. De todas las ideas, propuestas y peligros sobre los que reflexionó por entonces, y que recorren el conjunto de su obra, quisiera detenerme en esta ocasión en el análisis puntual de un fenómeno que él mismo denominó *pedantocracia*.

Mill acuñó este neologismo en febrero de 1842 y lo empleó en muy pocas oportunidades pero, como se verá en las páginas que siguen, su preocupación por esta problemática se remonta al período recién aludido. La primera vez que lo utilizó fue en el contexto del intercambio epistolar mantenido con Auguste Comte, quien recibió la «feliz expresión» con agrado e incluso le pidió autorización para utilizarla en el futuro². Aquí la *pedantocracia* simboliza un tipo de dominación que conspira contra el progreso de la sociedad, al impedir el desarrollo de la originalidad incluso entre quienes detentan el poder; al mantener al resto de la sociedad en una situación de dependencia y al desconocer el necesario principio del «antagonismo organizado», o —para decirlo con las palabras de Comte— la separación de los poderes espirituales y temporales. Su particularidad reside en el hecho de que quienes ejercen el poder en una *pedantocracia* son los hombres

² Cfr. carta enviada por J.S. Mill a A. Comte, 25/02/1842, en: Mill (1963/1991, XIII: 502 [de aquí en más, todas las traducciones pertenecen al autor; la numeración romana remite al tomo correspondiente a los *Complete Works of John Stuart Mill*]). Cabe aclarar que también son pocas las veces que Mill se vale del adjetivo «pedante» en el conjunto de su producción escrita. Lo utiliza para referirse a los hombres formados en los *colleges* ingleses, a los que acusa de defender un sistema por el mero hecho de haber sido formados en él, a aquellos que son esclavos de las fórmulas en lugar de hombres de acción, o bien, a quienes parecen desconocer u oponerse a la realidad que los rodea.

Para la respuesta de Comte, véase la carta enviada a Mill el 29/05/1842, en: Haac (1995: 71). Comte insiste en varias cartas en resaltar la justeza del término inventado por su par inglés y confía en que se convertirá en un término de uso común. Confiesa que éste expresa en una sola palabra lo que hasta entonces él mismo había querido describir valiéndose de paráfrasis. Para Comte, la *pedantocracia* es una «utopía profundamente perturbadora (...) y constituye el principal obstáculo para el establecimiento de la verdadera armonía entre los políticos teóricos y prácticos». En su opinión, se trata de una «utopía muy aceptada y extremadamente peligrosa», frente a la cual prácticamente ellos solos se oponen. Lo considera el «peor tipo de gobierno», lo que justifica, por tanto, su actitud de «sistemática oposición» (Haac, 1995: 71, 77, 243 y 255). Cfr. al respecto, Pickering ([1993] 2006, especialmente capítulos I y XII).

pertenecientes a la clase especulativa. Mill reconoce que por un momento se sintió tentado de embarcarse detrás de lo que ahora considera un «error irracional» y presenta a China como un caso testigo que permite constatar el resultado al que habría de conducir dicho postulado. Allí, la primacía del poder espiritual había dado lugar a un gobierno opuesto a todo tipo de progreso³.

El término *pedantocracia* recién vuelve a ser utilizado en el capítulo V de *On Liberty* (1859) y en el capítulo VI de *Considerations on Representative Government* (1861). En ambos casos, denota una forma degenerada en la que recae la conducción burocrática. Adquiere, de alguna manera, un matiz más técnico y se identifica con una maquinaria administrativa numerosa que reúne a «las mentes y las manos más calificadas»⁴ de la sociedad, colocando a la eficiencia como principio orientador de la acción política. A su vez, representa un tipo de gobierno que ha centralizado la dirección de todos los asuntos nacionales y cuyo poder e influencia se perciben hasta en «los miedos y las esperanzas de los hombres» (Mill, 1963/1991, XVIII: 307). Además de China, en estos textos, Mill alude sobre todo a Francia, Austria y Rusia para graficar el mal que denuncia.

Si la nueva voz permanece ausente en el resto de su obra, no ocurre lo mismo con el fenómeno referido. Mill lo menciona y analiza bajo las categorías de «despotismo perfeccionado», «despotismo espiritual», «oligarquía de funcionarios», «burocracia dominante» y *governmentalism*⁵. Amén de la expresión utilizada, el gobierno pedantocrático es visualizado como la contracara del gobierno representativo. En otras palabras, se trata de uno de los posibles rostros tras el cual puede asomarse el despotismo en tiempos modernos.

El análisis que se presenta a continuación se propone esclarecer la naturaleza de la *pedantocracia* milliana desde tres enfoques complementarios. En primer lugar, se examina el pasaje operado en Mill entre la añoranza por una nueva clerecía intelectual y la confianza depositada en la emergencia de un nuevo poder espiritual (disposiciones heredadas de su temprana cercanía con el romanticismo y socialismo) y la denuncia de los riesgos asociados con la *pedantocracia*. A continuación,

³ Carta enviada a Auguste Comte, 25/02/1842, en: Mill (1963/1991, XIII: 502).

⁴ *On Liberty*, en: Mill (1963/1991, XVIII: 307).

⁵ Cfr., según el orden de la expresiones, «Guizot's Essays and Lectures on History» (Mill, 1963/1991, XX: 274); *Auguste Comte and Positivism* (Mill, 1963/1991, X: 314); *Considerations on Representative Government*, en: Mill (1963/1991, XIX: 437); *Principles of Political Economy* (Mill, 1963/1991, VIII: 955); y «Centralisation» (Mill, 1963/1991, XIX: 582).

se pone en diálogo a Mill con tres pensadores coetáneos, François Guizot, Auguste Comte y Alexis de Tocqueville, cuyas reflexiones lo condujeron a precisar las características e implicancias de este tipo de despotismo. Por último, se analiza la lectura que Mill hizo del modelo democrático ateniense en su afán por conciliar sus credenciales democráticas y sus anhelos elitistas.

ACERCA DE LA NECESIDAD DE UNA NUEVA «CLERECÍA INTELLECTUAL» O «PODER ESPiritUAL»

Los primeros artículos periodísticos que Mill publicó en los años inmediatamente posteriores a su crisis intelectual ofrecen un diagnóstico de la sociedad que lo rodea entre cuyas notas distintivas se destacan su carácter novedoso y, al mismo tiempo, transitorio. Consciente de la inconmensurabilidad entre las épocas pasadas y su propio presente, entendió desde un comienzo que se enfrentaba a un mundo diferente, compuesto por hombres «nuevos», con aspiraciones e intereses distintos a los de sus antepasados y deseosos de verse «unidos por nuevos lazos y separados por nuevas barreras»⁶. Hombres que demandaban la construcción de una nueva maquinaria política, en tanto que recelaban de los antiguos guías y desconfiaban de aquellas máximas e instituciones que percibían como anacrónicas.

Haciéndose eco de la división saint-simoniana de la historia, no duda en calificar esta época como inorgánica o transitoria⁷. A diferencia de los períodos orgánicos o naturales, aquéllos están atravesados por la crítica, el escepticismo y la consiguiente incertidumbre, son momentos en los que las antiguas convicciones se desvanecen y las fuentes de la autoridad se encuentran divididas y en conflicto. Como explica en «The spirit of the age», los períodos inorgánicos son necesario para el progreso de las sociedades, aun cuando no puedan ser reconocidos estrictamente como saludables en sí mismos. De hecho, la anarquía intelectual promovida por el incremento de la discusión no garantiza que los hombres, una vez liberados de las doctrinas erróneas, sean capaces de abrazar nuevas convicciones. Ello se vuelve

⁶ «The spirit of the age», *Examiner*, 09/01/1831 (Mill, 1963/1991, XXII: 228).

⁷ «The spirit of the age» (Mill, 1963/1991, XXII: 229); *Autobiography* (Mill, 1963/1991, I: 171-173). Mill también califica a su época como «transitoria» en la reseña del primer volumen de la *Democracia en América*, de Tocqueville (Mill, 1963/1991, XVIII: 54) y en una carta dirigida a Robert Fox el 19/02/1842 (Mill, 1963/1991, XIV: 564).

más difícil si, además, nos hallamos frente a individuos entre quienes se ha difundido un conocimiento más bien superficial y en quienes persiste la propensión a tomar tan sólo una parte de la nueva verdad descubierta y a «armarse como un puercoespín contra todo aquél que quiera acercarle la otra mitad, como si éste sólo buscara quitarle la porción que ya posee»⁸. Mill agrega, asimismo, que en lo que respecta a sus contemporáneos, la mayoría concentra su inteligencia y su energía en sus respectivos trabajos y ocupaciones cotidianas. De ello deduce que por más que busquen por sí mismos la evidencia de las verdades que se les presentan, lo cierto es que en determinados ámbitos necesitarán de la guía de las mentes más cultivadas, aquellas que han dedicado sus vidas al estudio y la investigación de las verdades físicas, sociales y morales. La principal falencia de los períodos inorgánicos reside, pues, en la ausencia de este liderazgo, en el hecho de que la multitud desprecia de las antiguas autoridades pero no ha encontrado aún en quienes depositar su confianza.

Mill entró en contacto con la escuela saint simoniana en los años 1829-1830. Tuvo ocasión de conocer a Bazard y a Enfantin, pero su principal interlocutor fue Gustave d'Eichthal, a quien conoció en la London Debating Society. En su *Autobiography* reconoce que «leía todo lo que ellos escribían»⁹ y que uno de los temas que atrajo su atención fue justamente, el llamado a establecer un nuevo poder espiritual. A comienzos del siglo, Saint Simon había publicado en forma anónima sus *Lettres d'un habitant de Genève à ses contemporains*, texto en el que analizaba el rol que deberían tener los científicos en el futuro. Ellos eran presentados como una suerte de elite compuesta por hombres sin pertenencia natural a ninguna de las dos clases que hasta el momento habían estado en conflicto: la de los propietarios y la de los no propietarios. Su apuesta consistía en colocar a los científicos en la cima de la estructura social y confiar a ellos la dirección del poder espiritual de la sociedad. Sólo así cesarían los conflictos sociales y los hombres podrían alcanzar la felicidad (Manuel y Manuel, 1981, I: 89)¹⁰.

Durante el Imperio y los primeros años de la Restauración en Francia, Saint Simon fue matizando su elogio hacia los científicos como consecuencia del desen-

⁸ «The spirit of the age» (Mill, 1963/1991, XXII: 234).

⁹ *Autobiography* (Mill, 1963/1991, I: 173).

¹⁰ «¡Basta ya de honores para los Alejandro!» –habría escrito Saint Simon– ¡Vivan los Arquímedes!», en: *Œuvres XVI*, 22, citado en: Manuel y Manuel (1981: 89). El texto de Saint Simon fue publicado originalmente en 1803 y reimpreso en 1832, tras el impulso de uno de sus discípulos, Olinde Rodríguez.

canto ocasionado tras el contacto directo con los científicos oficiales y su negativa a abrazar lo que él consideraba su destino histórico. En su lugar, comenzó a otorgar cada vez mayor importancia a la figura de los industriales, en quienes creía debía recaer la administración de la sociedad, es decir, el poder temporal. Hacia el final de su vida completó su teoría social incorporando dentro del grupo rector a los artistas, poetas y dirigentes religiosos del nuevo cristianismo. La estructura ideal de la sociedad que proponía se basaba –como bien explica F. Manuel– en una visión triádica que distinguía entre tres clases sociales: la de los artistas, los sabios o científicos y los industriales. En cada una de ellas predominaba una de las tres cualidades o actividades humanas naturales: la emotiva, la racional y la motora. Si cada hombre se avocaba a desarrollar su propia capacidad sin entrometerse en los ámbitos que les son ajenos, cesarían los conflictos y reinaría la ansiada armonía. En lo que se refiere al gobierno de la sociedad, se esperaba que una élite natural (reconocida por sus méritos y talentos) dirigiera a cada una de las clases y estuviera representada en los órganos de la administración: los dirigentes morales, por ejemplo, serían los encargados de iniciar los proyectos; los científicos, de criticarlos y evaluarlos y los administrativos, de ejecutarlos. En una apretada síntesis, cabe subrayar entonces, que:

«en la cosmovisión saint-simoniana, la desigualdad orgánica entre los hombres, la desigualdad en la jerarquía social y las diferencias en las funciones sociales son naturales y beneficiosas, y muy superiores a la *égalité turque* de los revolucionarios jacobinos, que no era sino una igualdad de esclavos bajo una omnipotente autoridad estatal» (Manuel y Manuel, 1981: 97).

La idea de que la sociedad requería de la dirección y guía de una nueva elite intelectual y moral también aparece en las obras de otro autor al que Mill se acercó a fines de la década de 1820: Samuel Taylor Coleridge (1772-1834). El poeta conservador inglés había publicado en 1830 una obra titulada *On the Constitution of the Church and the State, according to the Idea of Each*. En ella, afirmaba que el sistema político británico abarcaba dos fuerzas dinámicas enfrentadas: la de la permanencia (vinculada con los propietarios de las tierras) y la de la progresión (identificada con las clases mercantiles, manufactureras, distribuidoras y profesionales). Estos dos poderes eran presentados como opuestos pero no contrarios, los cuales –al igual que los polos magnéticos– se suponen y requieren mutuamente. Ahora bien, para que esta oposición saludable pudiera mantenerse en pie, resultaba indispensable

la existencia de una clerecía o iglesia nacional (Knights, 1978: 66-67). Esta última no se identifica necesariamente con una corporación religiosa. Coleridge utiliza el término *clergy* en un sentido amplio, como sinónimo de intelectual u «hombre ilustrado según todas las denominaciones». Integrarían la clerecía, pues:

«los sabios y los profesores de leyes y jurisprudencia; de medicina y fisiología; de música; de arquitectura civil y militar; de las ciencias físicas (...) en suma todas las llamadas ciencias y artes liberales cuya posesión y aplicación constituye la civilización de un país, así como los teólogos» (Coleridge, 1930: 47)¹¹.

El propósito principal de dicho cuerpo consistía, por un lado, en preservar y expandir el legado y los tesoros de la civilización pasada y, por otro, en difundir entre todos los miembros de la comunidad «la cantidad y la calidad de saber indispensable tanto para entender los derechos como para poder desempeñar los deberes correspondientes» (Coleridge, 1830: 45 y 52)¹². Esta elite intelectual estaba llamada a actuar como guía, guardián e instructora del resto de la sociedad, razón por la cual los fondos públicos que contribuían a sostenerla debían ser preservados. En opinión de Coleridge, tras la revolución de 1688 la clase letrada de Inglaterra había entrado en decadencia y el espíritu de la nación se había vuelto cada vez más comercial. Sus esfuerzos se encaminaron, por lo tanto, a reconstruir esta necesaria clerecía.

Mill se refiere explícitamente a ella en dos artículos periodísticos: «Corporation and Church Property» (1833) y «Coleridge» (1840). Conviene en señalar que «la fuente principal y perenne de todo mal social es la ignorancia y la falta de cultura»¹³ y considera que, de todas las calamidades que las personas pueden padecer, ésta es la que con mayor dificultad perciben. Pero además, revela que esta carencia tiene la particularidad de que no sólo se disfraza para no ser percibida sino que oculta a los hombres los medios para remediar los males que sí perciben. Mill sostiene,

¹¹ Si bien Coleridge indica que los teólogos fueron puestos a la cabeza de los demás y reclamaban precedencia, ello se explica por el hecho de que durante mucho tiempo la teología era la raíz y el tronco de los conocimientos de un hombre civilizado al tiempo que era la ciencia que daba unidad a las otras.

¹² Mill se hace eco de estas palabras y en una carta dirigida a John Sterling el 20/10/1831 propone que la nueva clerecía agrupe «a todos aquellos capaces de producir un efecto beneficioso sobre su época y su país, maestros del conocimiento que ayuda a los hombres a realizar sus deberes y ejercer sus derechos y exhortadores del recto cumplimiento y ejercicio de los mismos» (Mill, 1963/1991, XII: 76).

¹³ «Corporation and church property», *The Jurist* (febrero de 1833), en: Mill (1963/1991, IV: 213).

entonces, que los hombres necesitan ser despertados por los más instruidos y cultos y en este sentido, cree que una clerecía como la que propone el poeta romántico bien podría «entrenar y levantar» al pueblo «hacia la más alta perfección de su naturaleza mental y espiritual a través de un cultivo sistemático continuado a lo largo de la vida» (Mill, 1963/1991, IV: 220)¹⁴. En cuanto al modo y los medios de los que debería valerse indica que sería conveniente apelar tanto a la inteligencia como a la sensibilidad y hacerlo «a través de la prédica, la escritura popular, las galerías nacionales, los teatros y los juegos públicos»¹⁵.

Varios son los pasajes en los que Mill reitera su convicción respecto de la conveniencia de saber situarse bajo la guía y conducción de aquellas mentes destacadas por un nivel superior de ilustración y capacidad. Valgan los siguientes fragmentos a modo de ejemplo:

«Tanto en una aristocracia numerosa como en una democracia, la única oportunidad para un gobierno sabio y considerado se recuesta no en la sabiduría de la democracia o la aristocracia en sí, sino en su buena disposición para ubicarse bajo la guía de los más sabios que entre ellos encuentra»¹⁶.

«Nunca un gobierno democrático o una aristocracia numerosa pudo elevarse por sobre la mediocridad (...) salvo cuando esos muchos se dejaron guiar (...) por el consejo y la influencia de los más dotados e instruidos»¹⁷.

El problema era, precisamente, detectar y empoderar a los miembros adecuados para integrar la nueva clerecía o poder espiritual. Sin duda, el liderazgo buscado no podía recaer ni en la aristocracia tradicional inglesa, ni en la Iglesia nacional, cuerpas para los cuales no escatima críticas. Los encuentra sumidos en un fuerte

¹⁴ Al año siguiente, en «Notes on the Newspapers», *Monthly Repository*, 05/02/1834, reafirma la idea de que «el pueblo está siempre deseoso de seguir a un buen guía y el único peligro es que no lo encuentre» (Mill, 1963/1991, VI: 154). Añade que son los hombres pertenecientes a las clases más instruidas, los más sabios y enérgicos a quienes el ocio les ha permitido dedicarse a un estudio sistemático, quienes deben ponerse al frente del partido popular.

¹⁵ John S. Mill, «Corporation and church property» (Mill, 1963/1991, IV: 214). A estos fines deberían destinarse los recursos de las fundaciones o fondos públicos.

¹⁶ John S. Mill, «De Tocqueville on Democracy in America I», en: Mill (1963/1991, XVIII: 79). Cfr. También, «Rationale of Representation», en: Mill (1963/1991, XVIII: 24).

¹⁷ *On Liberty*, en: Mill (1963/1991, XVIII: 269).

desprestigio y los acusa de ignorar el espíritu de su época y los sentimientos del pueblo. Una vez que sus miembros vieron consolidado su poder y asegurados sus bienes tras el triunfo de 1688, la posesión cómoda y segura de todo aquello por lo cual sus antecesores habían tenido que luchar con gran esfuerzo volvió pasivo su carácter y su mente y convirtió la adquisición de dinero en su principal hábito¹⁸. A comienzos de la década de 1830 Mill estima, incluso, que la Cámara de los Lores está próxima a desaparecer y que el destino de la Iglesia Anglicana está «sellado»¹⁹.

Ahora bien, si el diagnóstico hasta aquí ofrecido presenta a un Mill alineado con la prédica elitista de ciertas corrientes socialistas y románticas, la propuesta política que fue ideando una vez alcanzada su etapa de madurez y autonomía intelectual no deja de contemplar los riesgos y debilidades que suponen este tipo de planteos. Tanto en su *Autobiography* como en su correspondencia privada aclara que nunca compartió los medios ni la maquinaria social con la que los saint-simonianos proponían organizar el poder espiritual²⁰. Y en la carta enviada a Comte referida anteriormente, precisa que gracias al sentido común, la historia y la lectura de las obras del padre del positivismo fue capaz de percibir los peligros que entrañan aquellas «doctrinas utópicas que quieren volver a poner el gobierno de la sociedad en las manos de los filósofos o hacerla depender de las altas capacidades intelectuales»²¹. Siguiendo, en parte²², las claves que él mismo sugiere, el objetivo del siguiente apartado es concentrar la mirada precisamente sobre estos males con los que asocia a la *pedantocracia*.

¹⁸ Se puede rastrear la opinión de Mill sobre la aristocracia inglesa del siglo XIX en los siguientes textos: «Influence of aristocracy» (1825) (Mill, 1963/1991, XXVI); «The spirit of the age» (1831) (Mill, 1963/1991, XXII); «Rationale of representation» (1835) (Mill, 1963/1991, XVIII); «Civilization» (1836) (Mill, 1963/1991, XVIII); y «De Tocqueville on Democracy in America II» (1840) (Mill, 1963/1991, XVIII).

¹⁹ Cfr. los dos artículos que Mill publica en 1835 bajo el título «House of Lords», en el periódico nocturno *Le Globe and Traveller*, en: Mill (1963/1991, XXIV: 779-785).

²⁰ *Autobiography* (1963/1991, I: 175) y la carta enviada a Gustave d'Eichthal el 07/11/1829, en: Mill (1963/1991, XII: 40-41).

²¹ Carta enviada a Auguste Comte el 25/02/1842, en: Mill (1963/1991, XIII: 502).

²² Es preciso notar que en la carta referida no aparece ninguna mención a la figura de Tocqueville. Es probable que tal ausencia obedezca, por un lado, al hecho de que por esos momentos la relación entre ambos pensadores estaba atravesando un clima de cierta tensión motivada por la reacción del francés ante el conflicto con Oriente, y, por otro, al rol excesivamente modesto que asume Mill ante Comte en las primeras cartas que ambos intercambiaron, y que puede haber influido a la hora de presentar el lugar que sus contribuciones tuvieron sobre su propia reflexión.

EL GOBIERNO PEDANTOCRÁTICO Y SUS RIESGOS

Sólo una lectura transversal de su obra permite comprender la naturaleza y las implicancias de la *pedantocracia*. Como se dijo, el contacto mantenido con Guizot, Comte y Tocqueville condujo a Mill a repensar no sólo el lugar desde el cual, sino también el modo y las formas con las cuales, los sectores más ilustrados habrían de contribuir al progreso general de la sociedad. En otras palabras, en el trasfondo de su descripción y denuncia de la *pedantocracia* resuenan las voces de estos pensadores franceses con quienes Mill entabló un rico y fecundo diálogo. A continuación se analizan dos de sus notas más salientes y, luego, los efectos por ella ocasionados.

En primer lugar cabe decir que la *pedantocracia* es visualizada por Mill como tipo de gobierno que supone, o al menos pretende, un poder hegemónico. Y como tal, conduce al estancamiento y, luego, al despotismo. En la segunda reseña que publica sobre los trabajos de François Guizot recuerda que si bien las fuentes de las que se nutre el poder son varias (el conocimiento, la religión, la destreza y la disciplina militar, la riqueza, el número o la fuerza física), no es conveniente que una de ellas obtenga completa preponderancia sobre el resto. Ni siquiera aquella que se precia de ser la más «saludable», es decir, la educación y el cultivo mental. Prevé que si la clase culta y letrada se organizara bajo un órgano central, ocupando en Europa el lugar que tiene el gobierno en China, si se viera exenta del control por parte de la masa y asumiera «un tutelaje paternal sobre todas las operaciones de la vida, el resultado sería un despotismo mucho más oscuro y contrario al progreso que el que las monarquías militares o las aristocracias habían sabido imponer»²³. Sucede que el otorgar a cualquier grupo una autoridad exclusiva e incuestionable (sea cual sea su composición) resulta siempre una alternativa riesgosa: anula la posibilidad del antagonismo y la necesidad de establecer compromisos, factores a los que Guizot atribuía la libertad y la superioridad que distinguían a la civilización europea de las civilizaciones antiguas y orientales (Guizot, 1968: 42-43 y 63). Mill hizo suyas estas enseñanzas y advirtió que si las naciones europeas querían seguir siendo libres, debían evitar no sólo el ascenso irrestricto de los sectores medios, sino también, las ilusorias expectativas de quienes confiaban en la autoridad clarividente y la capacidad innegable de las clases letradas.

²³ John S. Mill, «Guizot's Essays and Lectures on History», *Edinburgh Review* (1845), en: Mill (1963/1991, XX: 270).

En paralelo a estas consideraciones, Mill descubrió en la propuesta comteana de separar el poder espiritual del poder temporal, la formulación «teóricamente perfecta» para aplicar el principio del «antagonismo organizado» en la política moderna²⁴. Dicho principio, repitió Mill hasta el cansancio, subrayaba la necesidad de mantener viva la confrontación, al menos virtualmente, entre los distintos grupos, ideas e intereses que recorren las sociedades. Y, para que ello sea posible, resulta indispensable idear un «punto de apoyo» o «centro de resistencia» capaz de operar como refugio y plataforma de aquellos sectores que siempre tienden a ser vistos con desaprobación por parte del poder de turno²⁵. En la misma línea se inscriben también las propuestas por medio de las cuales Mill buscó, en los distintos ámbitos, alentar la existencia de contra-tendencias, contra-poderes, o bien, cualidades y hábitos opuestos a las de los grupos predominantes.

Comte y Mill nunca se vieron personalmente. Mill había tenido ocasión de leer su *Plan de Travaux* en 1828, pero su correspondencia se inició recién a fines de 1841. El inglés fue uno de los pocos que logró sacar a Comte de su «higiene cerebral» y ambos creyeron que estaban llamados a desempeñar un rol destacado en la regeneración espiritual de Europa. En el tema que nos ocupa, no obstante, su acuerdo fue tan sólo parcial. Tanto en su *Autobiography* como en *Auguste Comte and Positivism* recuerda que ambos coincidían a la hora de reconocer la conveniencia de que la mayoría de los hombres aceptara la autoridad de quienes se han dedicado a estudiar los asuntos morales y políticos impulsados no tanto por «la ciega sumisión de los zopencos a los hombres del saber, sino [por] la inteligente deferencia de quienes saben mucho a aquellos que todavía saben más»²⁶. A su vez, entendían que la ascendencia que en su momento habían tenido los sacerdotes estaba pasando a manos de los filósofos y que tanto el poder espiritual como el temporal debían estar separados y organizados de manera distinta. Sin embargo, con el correr de los años Mill percibió que la propuesta final de Comte, aquella que se ofrece en el *Système de Politique Positive*, representaba más bien un ejemplo de completo despotismo espiritual. El problema era que Comte proponía organizar a estos maestros y guías espirituales en una rígida corporación jerárquica, lo que implicaba –en su opinión–

²⁴ Carta de John S. Mill a Auguste Comte, en: Mill (1963/1991, XIII: 502).

²⁵ Cfr. John S. Mill, «Bentham», en: Mill (1963/1991, X: 108); «Civilization», *London and Westminster Review* (abril de 1836), en: Mill (1963/1991, XVIII: 136); y *On Liberty*, en: Mill (1963/1991, XVIII: 269).

²⁶ *Auguste Comte and Positivism*, en: Mill (1963/1991, X: 314).

una grave amenaza tanto para la independencia individual en materia de acción y pensamiento, como para la posibilidad de progreso intelectual:

«Una autoridad moral constituida sólo puede tener sentido cuando el asunto no consiste simplemente en promulgar y difundir principios de conducta, sino en dirigir el detalle de su aplicación; declarar e inculcar, no deberes, sino el deber de cada persona, como se intentó en la Edad Media, por medio de la autoridad espiritual. Comte no retrocede ante esta extremada aplicación de su principio. Una función de esta suerte puede ser desempeñada a menudo, sin duda, muy útilmente, por miembros individuales de la clase especulativa; pero, si se confía a cualquier cuerpo organizado, implicará nada menos que un despotismo espiritual»²⁷.

Además, la autoridad moral e intelectual que Comte pretendía depositar en este nuevo cuerpo terminaría desdibujando aquella separación de poderes que él mismo había propuesto como indispensable para un Estado sano:

«Aquellos a quienes una opinión pública irresistible invistiese con el derecho de dictar o controlar los actos de los gobernantes, aunque fuera sin los medios de respaldar su consejo por la fuerza, tendrían todo el poder real de las autoridades temporales sin su trabajo y sin sus responsabilidades»²⁸.

En el fondo, la solución de Comte desembocaba en una *pedantocracia, malgré lui*.

En segundo lugar, la *pedantocracia* referida por Mill tiene la particularidad de presentarse bajo un rostro benigno. Los que detentan el poder no sólo son los más sabios o, al menos, los más preparados para la tarea, sino que su conducción encuentra justificación en la eficacia con la que dirige y ordena los asuntos públicos. La *pedantocracia* moderna abandona los rasgos violentos del despotismo clásico (cuyo principio era el miedo, como enseñaba Montesquieu) y se camufla bajo una suerte de paternalismo benevolente: ella es quien dice conocer, proteger y disponer los medios más adecuados para velar por los intereses de los hombres. Es éste un aspecto que Mill pondera, sobre todo, tras la lectura de la *Démocratie en*

²⁷ *Auguste Comte and Positivism*, en: Mill (1963/1991, X). Cfr. *Autobiography*, en: Mill (1963/1991, I: 220-221).

²⁸ *Auguste Comte and Positivism*, en: Mill (1963/1991, X: 314).

Amérique (1835-1840), de su amigo Alexis de Tocqueville. Como es bien sabido, Mill reseñó ambos volúmenes de esta obra y mantuvo con su par francés, con quien sólo se encontró a comienzos de 1835, un interesante intercambio epistolar.

Hacia el final del segundo volumen de su renombrada obra, Tocqueville se esfuerza por describir un fenómeno que comienza a observar en Francia, pero que considera íntimamente asociado a la misma democracia. No dispone de un nombre preciso que refleje su novedosa naturaleza y en ocasiones se refiere a él como un despotismo «administrativo». Lo describe como minucioso, regular, previsor y absoluto, como un poder inmenso y tutelar que se encarga de que los hombres sean felices, aunque en dicha tarea «quiere ser el único agente y el juez exclusivo». Es aquel que provee los medios necesarios para garantizar la seguridad de los ciudadanos, que «atiende y resuelve sus necesidades, pone al alcance sus placeres, conduce sus asuntos principales, dirige su industria, regula sus traspasos, [y] divide sus herencias (Tocqueville, 2006: 405)²⁹. Tocqueville afirma que este tipo de despotismo se alza de manera imperceptible sobre una masa de individuos aislados para quienes la nueva servidumbre se combina sin mayor sobresalto con «formas exteriores de libertad». Defensores acérrimos de la doctrina de la soberanía popular, los hombres modernos consienten el nuevo tutelaje «porque les alcanza con saber que son ellos mismos quienes eligen a sus tutores» (Tocqueville, 2006: 406)³⁰.

Mill presta especial atención a la descripción acercada por Tocqueville, en particular a las consecuencias que este tipo de gobierno ocasiona, y coincide con él en destacar que se trata de un despotismo vinculado estrechamente al proceso de centralización administrativa. Para Mill la cuestión de la centralización, es decir, de los límites que separan el ámbito de incumbencia tanto del Estado con respecto a la esfera de acción individual, como del gobierno central con relación al gobierno local, había desplazado del primer lugar a la discusión acerca de las formas de gobierno y estaba destinada a permanecer como una problemática central para las generaciones futuras. Reconocía que Inglaterra aún se hallaba protegida

²⁹ Tocqueville concluye el párrafo preguntándose con ironía: «¿no podría librarles por entero de la molestia de pensar y del trabajo de vivir?».

³⁰ A continuación, Tocqueville da cuenta de una extraña singularidad: «si hay que dirigir pequeños asuntos para los que basta el buen sentido, estiman que los ciudadanos son incapaces de ello; si se trata del gobierno de todo el Estado, confían a esos mismos ciudadanos inmensas prerrogativas; alternativamente son los juguetes del soberano y sus señores, más que reyes y menos que hombres» (Tocqueville, 2006: 408).

frente a este peligro, porque en ella la centralización era vista con «desaprobación racional» (entre quienes sostenían que el gobierno debía intervenir lo menos posible en todo aquello que los hombres pudieran hacer de manera individual o a través de pequeñas asociaciones) y se alimentaba, en ciertos casos, de un «prejuicio irreflexivo» (ello, entre quienes no alcanzaban a percibir que en ocasiones, el gobierno central podía contribuir a corregir los abusos de quienes, en nombre de una supuesta defensa de la autonomía local, se conducían como una pequeña oligarquía egoísta)³¹. Francia, por el contrario, era víctima de lo que en su artículo «Centralisation» (1862) llama *governmentalism* y en *Considerations on Representative Government* o en *On Liberty*, *pedantocracia*: «la concentración de toda la dirección de los asuntos nacionales en manos de la burocracia»³². Su regulación minuciosa y su intervención constante convertían a esta misma burocracia en la principal herramienta de la tiranía política.

Hemos visto hasta aquí que la *pedantocracia* es una forma de gobierno que reclama para sí la hegemonía, que se presenta bajo un ropaje benevolente y se asocia a la centralización administrativa. Ahora bien, ¿cuáles son las implicancias que se desprenden de esta forma de «organizar en un cuerpo disciplinado a toda la experiencia y la habilidad práctica de una nación con el propósito de gobernar al resto»³³ que tanto preocupan a Mill? En principio es posible distinguir entre los efectos operados en la ciudadanía en general y entre quienes integran las filas del gobierno.

El principal perjuicio ocasionado por un gobierno pedantocrático es que acostumbra a la mayoría de los hombres a mirar permanentemente al gobierno en busca de guía y autorización. Favorece, de este modo, un espíritu de docilidad, de pasiva obediencia y confiada resignación, en el que el espacio para la acción de la voluntad individual se ve cada vez más comprimido. Si Tocqueville hablaba de una suerte de «envejecimiento» de la sociedad democrática cuando se refería a su comportamiento apático y mediocre, falto de grandes pasiones e intereses elevados, alejado de los asuntos públicos (en cuya importancia no reparaba) y funcional al nuevo tipo de despotismo (en: Mélonio y Guellec, 2005: 725, 105, 1106 y 1125),

³¹ *Autobiography*, en: Mill (1963/1991, I: 201). Mill reconoce que él se libró de este prejuicio irreflexivo justamente por la perspectiva que Tocqueville le acercó sobre los riesgos asociados a la centralización.

³² «Centralisation», en: Mill (1963/1991, XVIII: 582). A. Brady señala que para Mill, los males de la centralización y la burocracia estaban «entrelazados y eran inseparables» (Brady, 1963/1991, XVIII: lxii).

³³ *On Liberty*, en: Mill (1963/1991, XVIII: 308).

Mill señala que la ciudadanía víctima de la *pedantocracia* es retenida en un estadio infantil, en el que tanto su capacidad política como práctica, e incluso su actividad intelectual y sus aspiraciones morales quedan «empequeñecidas»³⁴. En *Principles of Political Economy* advierte que se trata de una práctica que «coloca a los gobernados como niños frente a sus guardianes»³⁵, por lo que desalienta los canales y las vías de participación activa en los grandes asuntos de la política. Esta falta de experiencia e intervención concreta conlleva a que el pueblo no pueda, en rigor de verdad, ni criticar ni controlar a quienes ejercen el poder. En consecuencia, al no tener a quién rendir cuentas de su accionar, la *pedantocracia* se vuelve un gobierno irresponsable. Más aún, tal como apuntan tanto N. Urbinati (en referencia directa al caso de Mill) o E. Nolla (en su análisis del despotismo visualizado por Tocqueville), su efecto final es la anulación o el desplazamiento de la política³⁶. El gobierno pedantocrático desconoce la importancia de la dimensión deliberativa y agónica (o antagonica, para ceñirnos a la terminología que usa el propio Mill) de la política y la reemplaza por una mera administración técnica.

Los males de la *pedantocracia* no se circunscriben al conjunto de la ciudadanía. Sus efectos negativos también se hacen sentir entre los miembros que integran sus filas. Mill advierte que la principal enfermedad que afecta a las burocracias (convertidas en pedantocracias) es la rutina. Libre del control popular, ajena a los incentivos y acicates propios de un ambiente en el que reina la puja y la competencia, la *pedantocracia* tiende a cerrarse sobre las máximas que guían sus decisiones y a repetir, casi automáticamente, los procedimientos ya probados. Se vuelve hostil frente a todo mejoramiento que provenga del exterior e incapaz de percibir las nuevas necesidades, los nuevos desafíos que inevitablemente aparecerán. En otras palabras, la *pedantocracia* termina alejando al gobierno de la sociedad a la que pretende conducir. Pero además, en ella, el espíritu de cuerpo ahoga la individualidad de sus miembros, que se convierten así, en «sabios sin verdadera originalidad»³⁷, en hombres que han perdido la capacidad de genialidad. Como ocurre en el plano intelectual con las verdades que se vuelven dogmas muertos una

³⁴ «Centralisation», en: Mill (1963/1991, XIX: 582) y *Considerations on Representative Government*, en: Mill (1963/1991, XIX: 401).

³⁵ *Principles of Political Economy*, en: Mill (1963/1991, VIII: 955).

³⁶ Cfr. Urbinati (2007: 84) y Nolla (2005: 192).

³⁷ Carta enviada a Auguste Comte, 25/02/1842, en: Mill (1963/1991, XIII: 502. Cfr. «On Genius», *Monthly Repository* (octubre de 1832), en: Mill (1963/1991, I: 332).

vez desaparecida la necesidad de dar cuenta de sus fundamentos, los miembros de la burocracia corren el riesgo de perder su principio vital cuando no encuentran un poder externo que los interpele. Como afirma hacia el final de *On Liberty*, en este modelo «tanto el chino mandarín como un más humilde agricultor es al mismo tiempo la herramienta y la criatura del despotismo»³⁸.

Por último, resulta interesante señalar la vinculación que establece Mill entre el gobierno de la *pedantocracia* y la obstrucción de la vía reformista. Entre las objeciones que incluye en *On Liberty* hacia esta degeneración en la que *siempre* tiende a caer el gobierno de las burocracias, anota la ausencia de una «válvula de escape». Explica que si por alguna razón, en un escenario dominado por el imperio de la *pedantocracia*, un gobernante o un grupo de hombres con aspiraciones reformistas consiguieran llegar al poder, les resultaría muy difícil –sino imposible– implementar cambios que vulneren los intereses de la misma burocracia. «Cuando todo es hecho por la burocracia, nada a lo que la burocracia es adversa puede ser realizado»³⁹, resume. Es lo que sucede en Rusia, en donde el zar se revela impotente frente al cuerpo burocrático: puede mandar a cualquiera de sus miembros a Siberia, ejemplifica Mill, pero no puede gobernar sin ellos o contra su voluntad. Por su parte, entre las naciones acostumbradas a esperar que todo lo haga el Estado y que, por lo mismo, a él juzgan responsable de todos los males que padecen pero que cuentan con un espíritu más insurrecto, cuando el mal excede su paciencia, se levantan contra aquél que detenta el poder y colocan a otro en su lugar. Pero la burocracia permanece.

Sin dejar de reclamar la necesidad de cierta presencia de los más capaces en determinadas áreas del gobierno, Mill reconoce que el único freno eficaz para contener a la *pedantocracia* reside no sólo en un adecuado diseño institucional, sino sobre todo en un pueblo de carácter activo y enérgico, celoso defensor de su libertad individual y consciente, al mismo tiempo, de la importancia que reviste su participación en aquellos espacios públicos que el mundo moderno ofrece como correlatos del ágora ateniense. En opinión de K. Demetriou, esta síntesis a la que arriba Mill es tributaria de la relectura que la democracia griega estaba conociendo en la Inglaterra victoriana, especialmente gracias a la labor de G. Grote (Demetriou, 2013: 190). Sobre este aspecto versará el siguiente y último apartado.

³⁸ *On Liberty*, en: Mill (1963/1991, XVIII: 308).

³⁹ *On Liberty*, en: Mill (1963/1991, XVIII: 308).

UGUSTEEDANTOCRACIA, SOFOCRACIA Y DEMOCRACIA GRIEGA: EL MODELO ATENIENSE EN LA TEORÍA POLÍTICA DE MILL

En los últimos años varios académicos han centrado su atención sobre la recepción del mundo clásico (en especial, griego) en la obra de nuestro autor. En virtud de la importancia que le atribuyen, han presentado a Mill como el «Sócrates británico» y a su propuesta política como un «modelo neo-ateniense de la democracia liberal» o bien, un «modelo agonístico de la democracia deliberativa» basado en el ágora ateniense⁴⁰. Todos ellos recuerdan que el desarrollo de la teoría sobre el gobierno representativo de Mill se enmarca en el contexto del debate victoriano acerca de las bondades, peligros y lecciones asociados a la democracia griega.

A comienzos del siglo XIX, la imagen que los ingleses tenían sobre la historia griega provenía principalmente de la obra de W. Mitford, *History of Greece* (1784-1810). En ella se ofrecía una lectura plagada de prejuicios conservadores sobre la que los tories o reaccionarios (como los llamaba Mill) desacreditaban las instituciones populares. Así lo entendían, al menos, los radicales: James Mill había advertido a su hijo sobre este sesgo interpretativo al acercarle la obra cuando aún era un niño⁴¹. Frente a este cuadro en el que la democracia ateniense, por ejemplo, aparecía retratada como un orden tumultuoso y anárquico, los utilitaristas radicales se vieron obligados a revisar y reinterpretar las fuentes disponibles al momento en vistas a defender un orden del que, creían ellos, los modernos tenían mucho que aprender. En esta tarea, la figura del historiador G. Grote (1794-1871) fue de capital importancia. Hacia 1825 su casa fue sede de las reuniones de la Sociedad de estudiantes de la filosofía mental, a las que solía asistir el joven Mill, y en las que se discutían las ideas detrás del movimiento de los filósofos radicales (las propuestas económicas de James Mill y David Ricardo; la lógica de Hobbes y Whately o las teorías acerca de la conducta humana de Hartley). En 1841, tras dejar la Cámara de los Comunes, Grote retomó su interés por la historia griega y se dedicó a preparar lo que sería su gran trabajo histórico, *A history of Greece*, publicado en doce volúmenes entre 1846 y 1856. Aquí Atenas es rescatada del descrédito y los espartanos son presentados como los tories de Grecia. Como en

⁴⁰ Según el orden de las expresiones, Demetriou y Loizides (2013); Demetriou (2005: 59-101); Riley (2002a); y Riley (2002b). Cfr. también Irwin (1998).

⁴¹ *Autobiography*, en: *Autobiography*, en: Mill (1963/1991, I: 15).

tantas otras ocasiones, ambos grupos miraban el pasado como un espejo de su propio presente y ninguna de las perspectivas era ajena a los anacronismos.

El interés de Mill por el mundo griego comienza desde muy temprano y se «respira» en muchos de sus textos. En palabras de A. Bain, su amigo era un hombre «greco-intoxicado»⁴². Según apunta en su *Autobiography*, tuvo su primer encuentro con los diálogos de Platón a la edad de 7 años. Volvió sobre ellos en 1834/1835 al publicar una serie de traducciones parciales bajo el título de «Notes on some of the more popular dialogues of Plato» en el *Monthly Repository*. Y más tarde, para escribir una reseña sobre «Grote's Plato» (1866) tuvo que leer y estudiar nuevamente la obra del discípulo de Sócrates. Es sabido que también leyó a Tucídides y a Jenofonte y a los grandes trágicos y poetas griegos. Como no podía ser de otra manera, reseñó la voluminosa obra de Grote destinando cinco artículos para el *Spectator* (entre 1846 y 1850) y dos para la *Edinburgh Review* (1846 y 1853).

¿Cuáles son los aspectos de la democracia ateniense, por un lado, y de la prédica platónica, por otro, que atrajeron la atención de Mill y que se vinculan con la problemática que venimos analizando? Un primer punto tiene que ver con la debatida cuestión acerca de la noción de libertad que tenían los antiguos. Siguiendo el análisis que Grote realiza sobre el *Discurso Fúnebre* de Pericles, Mill se opone a quienes creen que éstos no conocían la libertad individual, propia de los hombres modernos. Por el contrario, sostiene que los atenienses vivían en un verdadero clima de libertad y de respeto a la diversidad, que practicaban una suerte de «tolerancia social» y que la opinión pública no intervenía allí donde la conducta de los individuos no concernía a otros. Las cuestiones éticas y políticas se debatían sin mayores impedimentos: prueba de ello es la libertad con la que enseñaban los sofistas, figuras que Mill y Grote buscaron reivindicar como exponentes de hombres que se atrevieron a cuestionar las opiniones establecidas y mantuvieron su independencia intelectual.

Este ambiente de genuina libertad es, por lo demás, la principal causa que explica la gran cantidad de hombres de genio que Atenas ha legado a la Humanidad y que contrasta con la mediocridad generalizada de los tiempos modernos⁴³. Entre ellos,

⁴² A. Bain, *J.S. Mill: a criticism with personal recollections*, London, Longmans, 1882. Citado en: Sparshott (1963/1991: 94).

⁴³ «Grote's History of Greece (4)», *Spectator* 10/03/1849, en: Mill (1963/1991, XXV: 1131) y «Grote's History of Greece II», *Edinburgh Review*, octubre de 1853, en: Mill (1963/1991, XI: 320-321).

Platón. Precisamente, lo que más elogia Mill de Platón es el manejo que éste hizo de la dialéctica negativa. Junto con su maestro Sócrates, logró utilizar esta técnica con una perfección nunca vista. Descomponer los argumentos, traer a la luz las objeciones y dificultades con las que una determinada idea puede encontrarse, analizar sus últimas consecuencias y sus contradicciones lógicas, es –para quien también se reconoció su alumno– la mejor manera de corregir los errores y aclarar las confusiones⁴⁴. Y ello sólo puede practicarse en un espacio donde se respeta la libertad de pensamiento y discusión.

Ahora bien, el modelo ateniense no sólo debe ser reivindicado por la celebración que dicha *polis* hizo de la libertad necesaria para el progreso intelectual y moral de los hombres, sino también por el orden político que supo darse hacia fines del siglo VI a.c. En efecto, Nadia Urbinati cree que Mill sitúa la modernidad y vitalidad de Atenas sobre todo en su orden democrático (Urbinati, 2002: 4 y 15). Está convencido de que el entramado de instituciones que regían su vida política permitía articular una activa participación ciudadana junto con la guía y conducción de los grandes estadistas. Gracias a las reformas de Clístenes, sus instituciones se abrieron a todos los ciudadanos, quienes tenían la posibilidad de participar de manera directa y rotativa tanto de los cuerpos colegiados (la Asamblea o los tribunales de justicia) como de las distintas magistraturas. El mecanismo predominante para seleccionar a los funcionarios era el sorteo, pero para ciertos cargos se utilizaba la elección. Eran éstos los cargos que requerían determinadas habilidades y una formación y entrenamiento específicos en quienes los asumieran. Los *rethores*, encargados del manejo de las finanzas y los estrategas entraban estaban incluidos en dicha categoría. Mill elogia la disposición de los atenienses a dejarse conducir bajo hombres de la talla de Pericles («el primer ciudadano», según Tucídides, una suerte de «primer ministro» para Grote o bien, «un instructor y consejero diario» en palabras del propio Mill) a quien le atribuye un rol importantísimo a la hora de hacer de Atenas el pueblo más grande que ha existido en todo el planeta. Lo describe como un hombre ilustrado, que reunía una gran combinación de cualidades, aristócrata por nacimiento y fortuna pero demócrata en cuanto a sus principios y conducta⁴⁵. Según J. Riley, Mill y Grote ven en Atenas un modelo de democracia

⁴⁴ *Autobiography*, en: Mill (1963/1991, I: 25) y «Grote's Plato», *Edinburgh Review*, 1866, en: Mill (1963/1991, XI: 415).

⁴⁵ «Grote's History of Greece (3)», *Spectator*, 05/06/1847, en: Mill (1963/1991, XXVI: 1123).

liberal, es decir, «de una democracia que incluye instituciones anti-mayoritarias pensadas para promover un proceso de decisiones públicas competentes, desalentar el abuso del poder y estimular la energía individual» (Riley, 2002b: 223)⁴⁶. Ahora bien, estos funcionarios (incluido Pericles) no estaban, sin embargo, exentos de un rígido control popular: eran examinados antes de asumir sus funciones, debían dar cuenta de las mismas una vez finalizado el mandato, e inclusive podían ser acusados durante el transcurso del mismo.

De la mano de este principio de responsabilidad, que hoy conocemos como *accountability*, los atenienses encumbraron el principio de la participación como pilar fundamental del sistema democrático. En la participación activa por parte de la ciudadanía, hallaron una vía de educación política que —a los ojos de Mill— volvía

⁴⁶ Es interesante observar que por estos mismos años en los que Mill se encuentra leyendo y reflexionando acerca del funcionamiento democrático ateniense, también publicó un artículo titulado «Duveyrier's Political View of French affaire», *Edinburgh Review*, 1846, en: Mill (1963/1991, XX), en el que reseña y comenta una colección de panfletos titulada *Lettres politiques*, del socialista Charles Duveyrier. Allí explora las diferencias que separan la Cámara de los Lores de la Cámara de los Pares francesa y observa que, en esta última, sus miembros eran elegidos en carácter vitalicio por el rey, pero la elección se hacía únicamente dentro de una clase determinada, aquella que estaba compuesta por quienes habían servido en el Estado durante un cierto número de años en la Cámara de Diputados o bien como funcionarios en las diversas áreas del gobierno. «La Cámara de los Pares, en consecuencia, está conformada, naturalmente por los más eminentes servidores públicos, aquellos que combinan el talento con la experiencia, y representa una clase de gran importancia para la sociedad actual: la del cuerpo administrativo» (Mill, 1963/1991, XX: 305), afirma Mill siguiendo la distinción que el pensador saint-simoniano había presentado en su libro *La Pairie dans ses rapports avec la situation politique, son principe, ses ressources, son avenir* (1843). Duveyrier había explicado que todo pueblo comprendía dos sociedades: la administrativa y la pública. La primera agrupaba a quienes, guiados por el interés general, se destacaban por el mérito y eran remunerados de acuerdo con su trabajo. Su función, sin ser hereditaria, gozaba de cierta perdurabilidad, honor y consideración. La segunda, incluía a los propietarios de la tierra, los capitalistas y trabajadores, quienes se guiaban por el interés personal y se caracterizaban por la lucha y la competencia. Ambas sociedades actuaban entre sí como poderes contrapuestos, continuamente actuando y reaccionando una sobre la otra, proveyendo a la otra del estímulo del que carecía: la administración, elementos de orden y reflexión, y la pública, el principio de emulación, de modo que entre ambas se rendían servicios recíprocos. En opinión del autor, en Francia, la Cámara de Diputados representaba el sector público mientras que la Cámara de los Pares, el sector administrativo. A Mill no le interesaba evaluar si la descripción de Duveyrier era o no un fiel reflejo de lo que ocurría en Francia, le bastaba con rescatar una idea sobre la que él mismo venía alertando y que reaparecería más tarde en *Considerations on Representative Government*: la necesidad de distinguir las funciones propias de los cuerpos representativos de aquellas que era conveniente hacer recaer sobre un grupo más reducido.

a los atenienses superiores en términos comparativos a los ingleses victorianos⁴⁷. Los habituaba a identificar sus sentimientos e intereses con los del Estado y a considerar la libertad y la grandeza del mismo como una de sus principales preocupaciones. La libertad de expresión o *isegoría*, que se ponía en ejercicio tanto en la Asamblea como en los tribunales de la Helia, traía aparejada una carga de responsabilidad que cada *polites* asumía al momento de fundamentar una determinada opinión en la Asamblea. Más aún cuando hablaba con *parresia*. Igualmente fecunda resultaba la experiencia de tener que escuchar los debates y los puntos de vistas en conflicto que allí se presentaban. Por todo esto, la participación política sin dudas elevaba las miras de los ciudadanos y expandía sus sentimientos⁴⁸.

Mill saluda con agrado la dimensión deliberativa de la política ateniense, tanto en lo que respecta a la función educativa que trae implícita como a la barrera que alza frente a la tentación elitista de circunscribir la misma a la toma de decisiones por parte de los más capacitados. En este sentido, cabe señalar que hacia el final de la reseña sobre «Grote's Plato», Mill rescata como una de las grandes lecciones de Platón la fuerza con la que éste enseñaba que el gobierno es una tarea que requiere determinadas capacidades y presupone una cierta instrucción. Advierte, sin embargo, que su error consistió en adscribirle a ese pequeño grupo capaz de gobernar algo parecido a la infalibilidad, y en haber presentado al resto de los hombres en un «estado de imbecilidad» en virtud del cual justificaba su falta de voz en los asuntos concernientes a su propio gobierno. Como tantos otros pensadores, Platón confundió la parte de la verdad que a él se le presentaba con su totalidad⁴⁹.

CONSIDERACIONES FINALES

Su elogio del modelo ateniense no ha de confundirnos respecto de la posición adoptada por Mill sobre las consecuencias reportadas tras el avance de la civilización, tópico ampliamente discutido en los siglos XVIII y XIX. Para él, la civilización

⁴⁷ A. Ryan hace notar que los ciudadanos atenienses se enfrentaban a responsabilidades más grandes que las de los ciudadanos modernos. A modo de ejemplo señala que cuando decidían votar por la guerra, era su propia vida la que ponían directamente en riesgo (Ryan, 2007: 161).

⁴⁸ «Grote's History of Greece II», *Edinburgh Review*, octubre de 1853, en: Mill (1963/1991, XI: 325).

⁴⁹ «Grote's Plato», *Edinburgh Review*, abril de 1866: en: Mill (1963/1991, XI: 436). Cfr también la referencia al gobierno de los filósofos planteado por Platón en «Writings of Junius Redivivus I», *Monthly Repository*, abril de 1833, en: Mill (1963/1991, I: 173-174).

(incluso en su sentido restringido) «es un bien, es la causa de mucho bien y no es incompatible con él»⁵⁰. Clarificado este punto, entiende que existen ciertos bienes que la civilización no asegura y que, en orden a restablecerlos, es preciso alentar tendencias, prácticas y hábitos e ideas que operen en el sentido contrario al que parece imponerse de forma prevalectante. Siguiendo esta lógica, llama la atención sobre la necesidad de compensar de alguna forma las deficiencias que observa entre los ciudadanos de los tiempos modernos. Si una de las características distintivas de la nueva sociedad es la preeminencia de las masas por sobre los individuos y del espíritu comercial por sobre las aspiraciones morales e intelectuales más elevadas, el riesgo que avizora en un principio es la posibilidad de que los nuevos ciudadanos confundan representación por delegación, y que la inexperiencia termine juzgando a la experiencia, o la ignorancia, al saber⁵¹. Frente a ello, Mill reivindica la importancia de las clases letradas y se inclina por aquellas propuestas que reclaman un lugar dentro del diseño institucional para los grupos más cultivados, para los hombres más instruidos y experimentados en la conducción de los asuntos públicos. Ahora bien, el desafío al que se enfrenta consiste en pensar el problema del liderazgo sin tener que recurrir a un elitismo despótico, para lo cual resulta imprescindible articular dos principios en apariencia contradictorios: el de la igualdad y el de la diferencia. Su propuesta contemplará, así, tanto el principio del sufragio universal como la defensa del voto calificado; una inclinación hacia un modelo unicameral unido a un sistema de representación proporcional que garantice la posibilidad de que dicha asamblea sea un cuerpo heterogéneo capaz de mantener vivo un saludable antagonismo y de albergar en su seno a «Pericles ocasionales»⁵², o bien, un fuerte llamado a la participación popular acompañado de una clara y específica delimitación respecto del alcance y la índole de sus funciones.

De todos modos, la *pedantocracia* es un mal que remite al diseño institucional pero que también supone y alienta una determinada estructura social y un tipo de

⁵⁰ «Civilization» (1836), en: Mill (1963/1991, XVIII: 119). La misma idea reaparece en «De Tocqueville on Democracy in America II», en: Mill (1963/1991, XVIII: 197).

⁵¹ *Considerations on Representative Government*, en: Mill (1963/1991, XIX: 426). El problema de la confusión entre delegación y representación es abordado por Mill en «Rationale of representation», *London Review*, julio de 1835, y en tres artículos publicados en el periódico *Examiner*: «Prospects of France» (10/10/1830), «Pledges I» y «Pledges II» (01 y 15/07/1832).

⁵² *Considerations on Representative Government*, en: Mill (1963/1991, XIX: 461).

carácter individual. Por consiguiente, debe ser combatida de manera comprensiva. Si su objetivo nunca fue instaurar «una suerte de aristocracia intelectual de los *lumières* mientras que el resto del mundo permanece en las tinieblas»⁵³, porque estaba convencido de que no puede haber combinación de circunstancias más peligrosa que aquella en la que «la inteligencia y el talento son mantenidos en un alto nivel entre la corporación gobernante, pero escaseados y desalentados fuera del cerco»⁵⁴, lo que se requiere es de un fuerte impulso a la educación nacional. Una educación que no sólo eleve los intelectos sino que contribuya a forjar espíritus activos y enérgicos en individuos capaces de defender su autonomía. Una educación, por fin, que para ser verdadera y efectiva debe canalizarse no sólo a través de las universidades, las escuelas, o la prensa sino en el conjunto de las circunstancias que rodean a los hombres, puesto que como afirma en una ocasión, «lo que moldea el carácter no es tanto lo que se enseña adrede, sino la enseñanza no intencionada que se deriva de las instituciones y las relaciones sociales»⁵⁵. Familia, asociaciones y vida municipal entrarían, entonces, dentro de esta categoría. En Mill, la reforma individual, la reforma social y la reforma política están todas íntimamente entrelazadas.

En síntesis, la teoría del gobierno representativo que ofrece Mill se presenta como una alternativa frente a los dos rostros con los que puede presentarse el despotismo en los tiempos modernos: la tiranía de la mayoría y la *pedantocracia*. Esta última, para finalizar, puede ser definida como anti-democrática, en tanto y en cuanto desalienta la participación activa de la ciudadanía y desdibuja el rol de «controlador último» que el pueblo debería ejercer; anti-liberal, en la medida en que avanza sobre los ámbitos de autonomía individual cercenando la libertad de los individuos y debilitando su carácter; y por último, opuesta al progreso intelectual y moral de la sociedad. Paradójicamente, a pesar de presentarse como el gobierno de los más capaces, al carecer de instancias de interpelación y al cerrarse a toda innovación, la *pedantocracia* conduce al estancamiento y a un tipo de opresión (tal vez no tan visible pero no por ello menos importante) que se deja sentir tanto en el pueblo en general como entre quienes ejercen el poder.

⁵³ Carta enviada a A. Bain, 06/08/1859, en: Mill (1963/1991, XV: 631).

⁵⁴ *Principles of Political Economy*, en: Mill (1963/1991, VIII: 943).

⁵⁵ «The condition of Ireland», *Morning Chronicle*, 19/11/1846, en: Mill (1963/1991, XXIV: 955).

Bibliografía

- BRADY, ALEXANDER (1963/1991): «Introduction», en: John Stuart Mill, *Complete Works of John Stuart Mill*, Toronto, University of Toronto Press/Londres, Routledge and Kegan Paul, t. XVIII.
- COLERIDGE, SAMUEL T. (1830): *On the constitution of Church and State according to the idea of each*, Londres, Harte, Chance and Co.
- DEMETRIOU, KYRIAKOS (2005): «The revival of a legend: the debate over Plato in nineteenth-century Britain», en: *Quaderni di storia*, vol. 61.
- DEMETRIOU, KYRIAKOS (2013): «The spirit of Athens: G. Grote and J.S. Mill on classical republicanism», en: K. Demetriou y A. Loizides (eds), *John Stuart Mill. A british Socrates*, Palgrave Macmillan, New York.
- GUIZOT, FRANÇOIS (1968): *Historia de la civilización en Europa*, Madrid, Alianza.
- HAAC, OSCAR (1995): *The correspondence of John Stuart Mill and Auguste Comte*, New Brunswick, Transaction Publishers.
- IRWIN, TERENCE (1998): «Mill and the classical world», en: J. Skorupski (ed.), *The Cambridge Companion to Mill*, Cambridge, Cambridge University Press.
- KNIGHTS, BEN (1978): *The idea of clerisy in the XIXth century*, Cambridge, Cambridge University Press.
- MANUEL, FRANK Y MANUEL, FRITZIE (1981): *El pensamiento utópico en el mundo occidental*, t. III, Madrid, Taurus.
- MÉLONIO, FRANÇOISE Y GUELLEC, LAURENCE (EDS.) (2005): *Tocqueville. Lettres choisies. Souvenirs*. Paris, Gallimard.
- MILL, JOHN STUART (1963/1991): *Complete Works of John Stuart Mill*, John M. Robson (ed.), Toronto, University of Toronto Press/Londres, Routledge and Kegan Paul.
- NOLLA, EDUARDO (2005): «Teoría y práctica de la libertad en Tocqueville», en: E. Nolla (ed.), *Alexis de Tocqueville: libertad, igualdad y despotismo*, Ávila, FAES.
- PICKERING, MARY ([1993] 2006): *Auguste Comte*, Cambridge, Cambridge University Press.
- RILEY, JONATHAN (1998): «The many heads of the Hydra: J.S. Mill on Despotism», en: N. Urbinati y A. Zakaras, *John Stuart Mill's Political Thought: A Bicentennial Reassessment*, Cambridge, Cambridge University Press.
- RILEY, JONATHAN (2007): «Mill's neo-athenian model of liberal democracy», en: N. Urbinati y A. Zakaras, *John Stuart Mill's Political Thought: A Bicentennial Reassessment*, Cambridge, Cambridge University Press.
- RYAN, ALAN (2007): «Bureaucracy, democracy, liberty: some unanswered questions in Mill's Politics», en: N. Urbinati y A. Zakaras, *John Stuart Mill's Political Thought: A Bicentennial Reassessment*, Cambridge, Cambridge University Press.
- SPARSHOTT, FRANCIS (1963/1991): «Introduction», en: John Stuart Mill, *Complete Works of John Stuart Mill*, Toronto, University of Toronto Press/Londres, Routledge and Kegan Paul, vol. XI.
- URBINATI, NADIA (2002): *Mill on Democracy. From the Athenian polis to representative government*, Londres, University of Chicago Press.
- URBINATI, NADIA (2007): «The many heads of the hydra: J.S. Mill on despotism», en: N. Urbinati y A. Zakaras (eds.), *J.S. Mill's political thought. A bicentennial reassessment*, Cambridge University Press.
- TOCQUEVILLE, ALEXIS DE (2006): *La democracia en América*, vol. II, Madrid, Alianza.

Registro bibliográfico

POLLITZER, MARÍA

«La *pedantocracia*: el rostro moderno del despotismo. La mirada de John Stuart Mill», en: ESTUDIOS SOCIALES, revista universitaria semestral, año XXVII, n° 52, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, enero-junio, 2017, pp. 9-33.

Descriptorios · Describers

pedantocracia / gobierno representativo / J.S. Mill
/ democracia / liberalismo
pedantocracy / representative government / J.S.
Mill / democracy / liberalism

Recibido: 01 / 10 / 2015

Aprobado: 11 / 06 / 2016